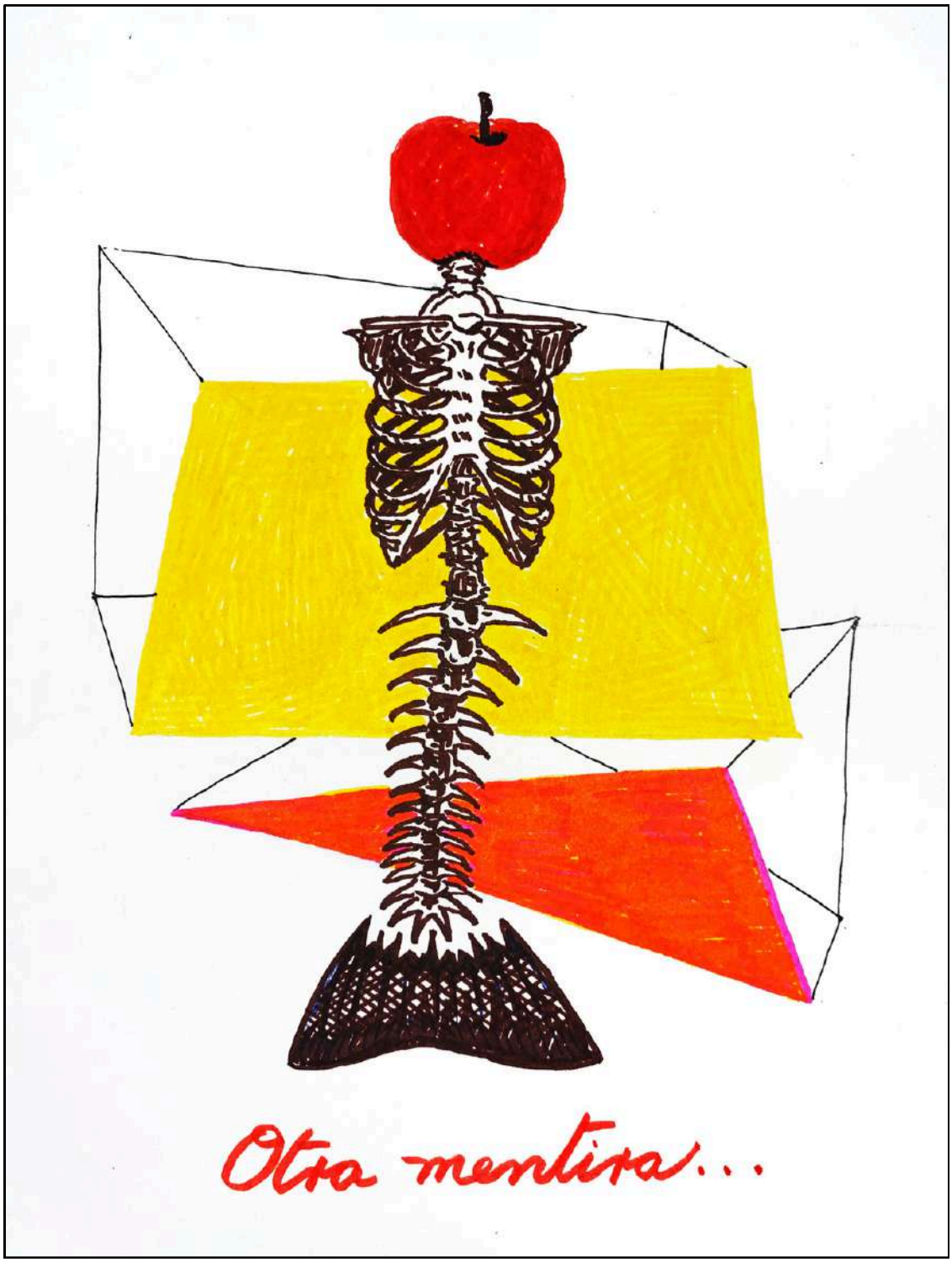
TATU



FAKE DREAMS Y OTRAS FICCIONES DIBUJADAS.
LO REAL COMO TERRITORIO EN DISPUTA

Por Antonio Sánchez Castro

FAKE DREAMS Y OTRAS FICCIONES DIBUJADAS. LO REAL COMO TERRITORIO EN DISPUTA

Por Antonio Sánchez Castro

TATU

El imaginario visual del artista cubano Tatu se despliega como una cartografía delirante donde el dibujo deviene trinchera, crónica y conjuro. La serie "Fake Dreams" y otras piezas reunidas en esta muestra componen un dispositivo estético-político que juega con los límites del humor, la crítica social y la ficción especulativa, sin renunciar a una poética de la agudeza. Estas obras no buscan representar un mundo reconocible sino tensionar sus signos, desmontar sus lógicas internas desde un lugar a la vez lúdico y corrosivo.

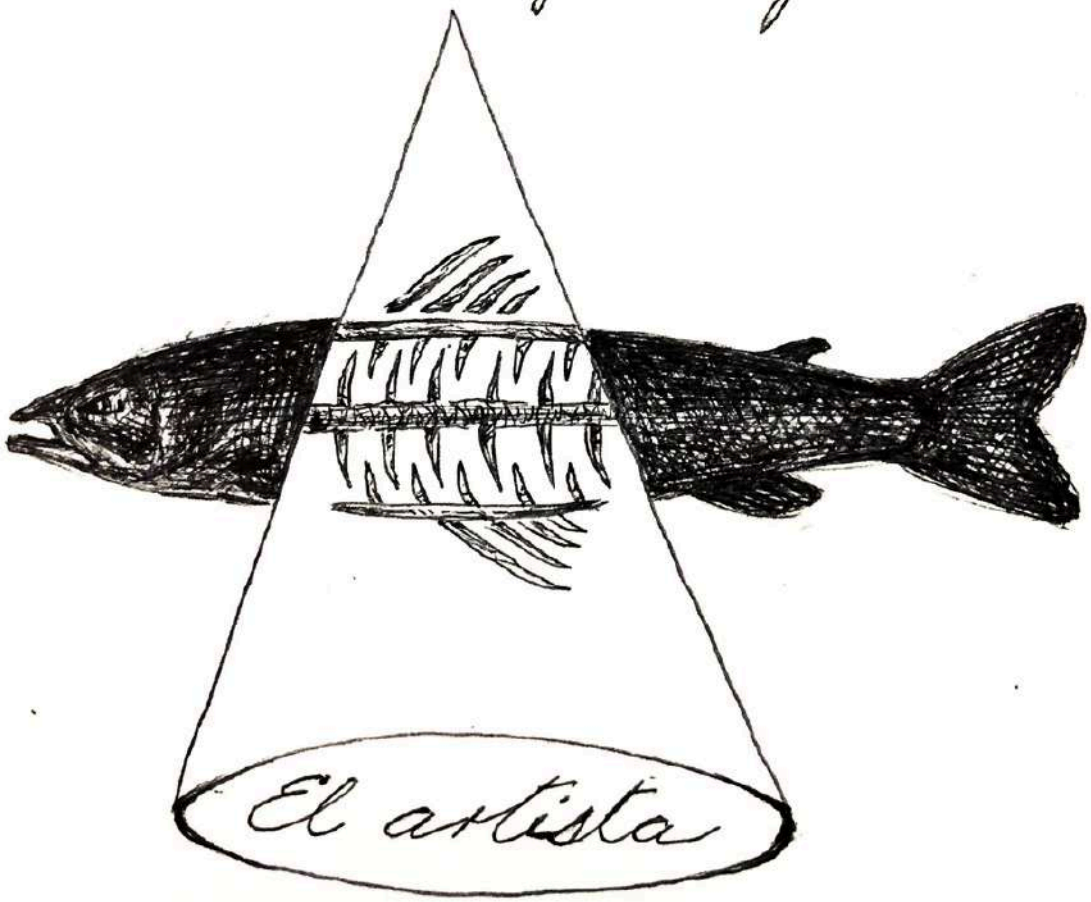
En los trazos intensos de sus tintas y rotuladores hay una intención clara de tensar las superficies de lo visible. Tatu no representa el mundo: lo subvierte. Desde sus lógicas narrativas, la imagen deja de ser una ventana y se transforma en una trampa semántica: una donde los cerdos fuman puros en salones de poder, los peces se articulan como esqueletos parlantes, y Mario Bros suena a ruina. Hay en este gesto un eco de la tradición satírica del grabado decimonónico, como en Goya o Daumier, pero reconfigurado desde un lenguaje contemporáneo que mezcla el dibujo digital, la ilustración psicodélica, la estética del sticker y el muralismo de protesta.

Lo simbólico y lo popular se amalgaman en una semántica visual que remite tanto a la tradición del grabado crítico latinoamericano como a la estética del cómic underground, el art brut o el grafismo del fanzine. Su trazo crudo, inmediato, deliberadamente anti-académico, activa una crítica que no pasa por lo solemne, sino por lo corrosivo: una risa ácida que revela violencias disfrazadas de rutina. Tatu articula una política del disenso desde lo visual, donde lo grotesco y lo infantil conviven como lógicas de relectura del poder.

En un mundo saturado de hiperrealismo, Tatu apuesta por la ficción hiperconsciente, por una visualidad que no busca parecerse al mundo sino desprogramarlo. De ahí que los espacios en sus obras se construyan como escenarios psíquicos: desiertos geométricos, habitaciones imposibles, laberintos con cactus, o salones donde lo político se mezcla con lo zoológico y lo onírico. El temario en su obra no es capricho, es estrategia de decodificación. Cada dibujo es un escenario donde se confrontan temporalidades, geografías e imaginarios. Hay en su trabajo una dimensión escénica que nos recuerda que la realidad misma puede ser un montaje.

"Fake Dreams" puede leerse como una especie de manifiesto visual: sueños imposibles fabricados en serie, deseos deformes, espectros de una utopía que se vendió como mercancía. Pero también son resistencias en forma de dibujo: ficciones que se niegan a obedecer. En ese gesto, Tatu se inscribe en una genealogía de artistas que han hecho del dibujo un campo de insurrección: desde Saul Steinberg hasta Pedro Lemebel, desde Pat Andrea hasta los fanzines zapatistas. Dibujar no es para Tatu un acto formal, sino una acción de pensamiento, una herramienta de disidencia. Como afirmó John Berger, el dibujo permite "mirar con intensidad aquello que el lenguaje no alcanza".
Hay también un lenguaje filosófico solapado: enunciados manuscritos que aparecen como fragmentos de pensamiento punzante (“Otra mentira…”, “Entre la verdad y la hipocresía, el artista”, “No hay que entenderlo todo”). Esta escritura no pretende resolver el dibujo, sino fracturar su lectura, abrir grietas. El texto aparece como gesto disidente: anotación lateral, grafía marginal que irrumpe como voz. Son frases que operan como microensayos visuales, como claves que activan otras lecturas posibles. De hecho, podría afirmarse que la escritura en Tatu funciona como una especie de antídoto contra el cierre interpretativo.

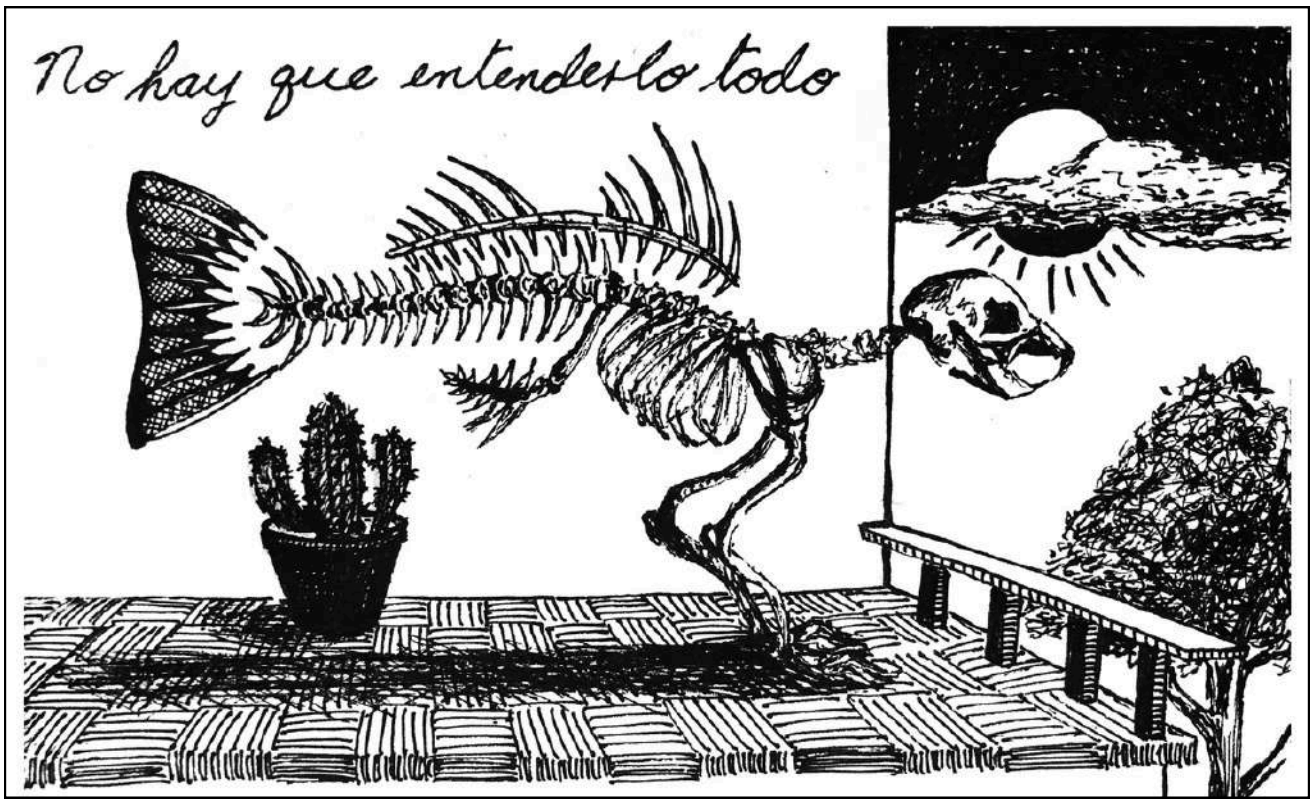
Entre la verdad y la hipocresía...



Este cuerpo de obra también dialoga con los desplazamientos migratorios, el exilio, la tecnología, la memoria y el animal político en que se convierte el cuerpo humano. En piezas como Fake Dream 19 o Bored, la ironía no es escape, sino método de supervivencia. Y en ese uso irónico del color, del trazo caricaturesco, del collage entre lo analógico y lo simbólico, está el gesto de un artista que entiende la crítica como performance visual. Hay una dimensión post-humanista latente: una tensión entre sujeto y máquina, entre cultura popular y arquetipos mediáticos, que convierte cada dibujo en una escena liminal.

Curar esta serie implica asumir el delirio como forma de conocimiento. Diseñar el espacio expositivo como un escenario de tensiones afectivas, donde la risa no sea distracción, sino detonante de pensamiento. En tiempos donde lo fake es estructura del poder, Tatu responde con sueños falsos que revelan verdades profundas. Porque no hay que entenderlo todo, pero sí mirar con la lucidez de quien sabe que el dibujo puede ser una forma de insubordinación. Las salas de exhibición pueden configurarse como entornos de inmersión crítica, donde el espectador se desplace como dentro de una novela visual deconstructiva.

Así, Tatu despliega una obra donde el dibujo se convierte en ensayo, en arma poética, en escena de disputa simbólica. Cada imagen es una interpelación, una ironía afilada dirigida a los márgenes de la normatividad. Y en su gesto dibujado habita una tensión esencial: la de quien se atreve a imaginar otros mundos posibles, aunque sea desde la trinchera precaria de un papel rayado con tinta negra.



ART SY

TATU

tatu.novarte@gmail.com - @mario_tatu